

ALFREDO ALCÓN: UNA SILUETA Y LOS ALBORES DE LA LITERATURA INFANTIL

Por ADRIÁN FERRERO

Debo a Alfredo Alcón la escritura de mi primer cuento infantil. Me explicaré. En efecto, yo era joven, tenía 29 años, vivía solo, en un confortable departamento que había sido de mis abuelos, en una Planta Baja céntrica de un edificio de departamentos confortable de la ciudad de La Plata, Provincia de Buenos Aires. Un Departamento donde luego transcurrió mi vida familiar, donde nació mi hija y allí fue criada y educada durante su primera infancia. Lo cierto es que estaba a solas una noche de 1999, entiendo que estudiando para impartir mis clases de Lengua y Literatura en varios colegios en los que daba clases, corrigiendo escritos de mis alumnos, en fin, lo que hacemos habitualmente los docentes. En un momento me detuve, cansado, agobiado por esa tarea que no me resultaba tan grata como sí me resultaba escribir. Y le eché una ojeada a una revista trivial, de las que suelen acompañar a los diarios. Ignoro cómo habría llegado a la mesa de mi cocina. Pero de pronto vi una entrevista a Alfredo Alcón. Un entrevistado inteligente. Y un entrevistado sensible. De esos que todo lo que tocaba lo volvía un diamante. Allí contaba que cuando era chico le pedía a su papá que le bajara la luna para jugar. A partir de allí se disparó de modo automático el argumento de mi primer cuento infantil: “Una luna para todos”. En dos palabras: un niño le pide a su padre que le baje la luna. Su padre se la baja. Pero luego de que él juegue un rato, debe dejarla marcharse, porque son muchos nenes para una sola luna, que debe ser compartida. Le propone que mejor es bajar estrellas, que se pueden compartir con otros nenes porque son muchas. Vendrían luego otros cuentos infantiles. Los fui publicando en revistas o blogs. Algunos en papel. Armé un libro: *Jardín de infantes. Un libro apto para todo público*, que permanece inédito. Hasta este presente histórico de mis 50 años, en que los sigo escribiendo. Los escribo. Pero llegan de tanto en tanto. De a ráfagas. Pero aquel remoto e incipiente cuento de 1999 quedará inscripto de modo imborrable, indeleble en mi memoria. Fue iniciático. Yo había hecho mis primeras armas inspirado a través de las palabras de un gran artista. Este artista no solo sabía conmover dese su participación, como quien dice, “sobre las tablas”, para acudir a una frase devenida lugar común. O desde los sets de cine y TV. Sino que con su sensibilidad había sido capaz de colaborar con un escritor nada menos que para dar rienda suelta a la invención imaginativa. Y a la invención imaginativa consagrada a los niños. Lo que me parece mucho más importante, al menos en lo que a mí respecta, que a los adultos. Por más que alguien puede decirme que no son mejores los unos de los otros sino distintos. Mi prioridad, como estoy seguro que para Alfredo Alcón también, está en el futuro, en esas vidas que están bostezando al mundo.

Vi luego a Alfredo Alcón en *Escenas de la vida conyugal* junto a Norma Aleandro, en una excursión cultural organizada por un colegio secundario en el que yo trabajaba, a la que fuimos en un ómnibus. La actuación fue impactante. Aún recuerdo la luz cenital sobre su figura o la de Norma Aleandro. Era duelo entre dos actores poderosos pero en un trabajo que se complementaba. No que se medía desde la competencia. Ya detrás de bambalinas él nos recibió diría que casi con excesiva cortesía y humildad. Erar proverbial su sentido de apertura al semejante. De ausencia de todo divismo. A un grupo de asistentes y a una estudiante de teatro nos escuchó y con la impertinencia de un Prof. en Letras que ahora me avergüenza (pero con buenos modales) le dije que la obra me había parecido demasiado conversada. No recuerdo su respuesta, que fue cordial. Y fue comprensiva. Creo que él entendió perfectamente a qué me estaba refiriendo con mi observación. Mientras tanto, desde su camarín, Norma Aleandro relativizó mi señalamiento, haciendo referencia a que no proveníamos del campo del teatro sino de la literatura. Pero también fue amable.

Por supuesto que vi (parte) del cine que protagonizó. Tanto dramas como alguna comedia más transgresora y siempre me pareció un hombre de una corrección infrecuente en ese medio. Era, por sobre todo, me parece, un actor de teatro. Sentía un fuerte rechazo por la exposición. La mirada pública me daba la impresión siempre de que él sentía que lo marchitaba.

Todos los jóvenes que trabajaron o habían trabajado en las artes escénicas con él destacaban esta cualidad de saber escuchar, de estar atento a las observaciones de los demás desde la humildad y no desde el protagonismo o, quizás, la soberbia. De la cualidad ejercida con afán de magisterio. Y tener esa altura como rasgo de carácter de Alcón me pareció siempre que le confería sobre una dignidad de excepción, además de respeto irreprochable. Fue siempre consecuente con sus principios.

Para mí él existía sobre el escenario. Luego, una vez que el telón se corría, era como si se cerrara la puerta de su casa. La obra terminaba y a medida que yo me iba del teatro su figura lentamente se desdibujaba. Como si ese fuera su lugar por naturaleza, por excelencia (y su único lugar). El lugar al que estaba destinado, consagrado, pero también el único lugar en el que se tornaba visible. O él quería tornarse visible. En su arte. Algo así supo decir Luis Alberto Spinetta respecto de su trabajo. Que después de descender del escenario aspiraba a volverse invisible.

Falleció en 2014 y recuerdo mi consternación. Probablemente parecida a la que me embargó cuando supe del fallecimiento de la escritora Liliana Bodoc. Esas desapariciones del mundo tangible de personas que lo han dado todo por su arte, que eran esencialmente talentosas. Trabajadoras y perfeccionistas hasta quedar exhaustos. Que habían apostado a los valores humanistas y a la excelencia. Esos artistas incansables, de excelencia, con modales, sin el menor asomo de malos tratos hacia el semejante.

La última obra de la que participó fue *Final de partida*, de Samuel Beckett, en la que actuó pero también dirigió. Y Joaquín Fourriel, un gran actor de las nuevas generaciones, lo recuerda como ese gran maestro del que aprendió buena parte de lo que ahora es y seguramente será su trayectoria. Desde el tipo de obra de la que decidirá trabajar (obras de arte) hasta cómo lo hará (con un alto nivel de perfección).

Con estas breves pinceladas sería imposible evocar a un actor de la talla de Alcón. Pero sí supe que había interpretado hacia el final de su vida *El Rey Lear*, una de las tragedias mayores de Shakespeare que más me gustan y más he releído. Alfredo Alcón es probablemente uno de los pocos actores argentinos que puedo presentir naturalmente shakespeareanos de nuestro país.

Celebrado por cierto público (el sobrio, el discreto), por buena parte de sus colegas (los respetables), saludado por cierta crítica, por quienes de él había aprendido unas cuantas lecciones (también de escritura, acerca de cómo escribir sobre buen teatro, sobre qué teatro escribir que valiera la pena), Alfredo Alcón se fue de este mundo sin hacer ruido. Y si algo de eso hubo no fue por su decisión sino por la intervención seguramente inoportuna de los medios o de algún funcionario que actuó de un modo fuera de lugar. No lo sé. Sí sé que ha de haber sido muy a su pesar.

Lo cierto es que ato ese cabo de aquella entrevista que leí por primera vez allá por 1999, en que ni soñaba con su fallecimiento, en aquella revista en la entrañable casa que había sido de mis abuelos, en una cocina a solas, con el nacimiento de una vocación que luego cultivaría con más frecuencia que antes: la literatura infantil, si bien escribo más para adultos y escribo mucha crítica literaria. Tengo unos cuantos cuentos infantiles y un par de obritas de teatro infantiles que escribí para mi hija cuando estaba en el jardín de infantes. También colaboro con un blog de literatura infantil y juvenil con artículos de crítica literaria sobre libros de ese campo de la literatura argentina. Todos estos han sido momentos realmente inolvidables. Nada más y nada menos, que gracias al enorme, poderoso, Alfredo Alcón. Esas personas que se marchan sin partir.